

LA FIGURA HISTORICA DE ALBERDI

(Conferencia dada en el aula magna de la Facultad de Ciencias Económicas, de la Universidad de la Capital, el lunes 9 de Junio de 1919).

Señoras, Señores:

Honróme la asociación "Nuestros próceres" con que fuera su convidado para tener parte en esta obra tan piadosa de cultura patriótica, que se propone sacar a plaza ante selecto auditorio la figura histórica de los protagonistas, en nuestro pasado, de las fases principales en la evolución social argentina. Temo haber otorgado demasiado fácilmente lo que se me pedía, al aceptar tal insinuación, pues es picar muy alto el anhelar contribuir con éxito al esclarecimiento del vastísimo tema, buscando desentrañar la psicología de alguno de los personajes de primera fila, ya que mucho entierra y mucho desentierra el tiempo. Entre aquellos próceres del período poco conocido—si bien tan relativamente cercano—de nuestra organización constitucional, arroja a la vista resplandor y claridad la personalidad de Alberdi, quién ha desempeñado papel prominente en dicha faz de nuestra evolución, acudiendo diligente al manejo y expedición de los complicados negocios de entonces; y a quién el panegírico exaltado de sus admiradores o el odio sañudo de sus adversarios alternativamente empina sobre la coronilla de las estrellas o le echa la garra y lo zambulle al fondo del abismo. A ese respecto—y malgrado que ha corrido ya más de medio siglo desde que su actuación realmente militante parece haberse ido con el

aire, y varias decadas desde que la muerte debió señalar abiertamente para su memoria el comienzo de la posteridad justiciera—todavía su nombre desata tempestades iracundas en los unos, cual si un viento furioso trastornará los sentidos, o provoca atronadores vítores en los otros, como si tañesen fuertemente las trompetas, siendo singularmente extremadas, opuestas y absolutas, las opiniones sobre su valer. Son cuestiones y controversias que con tanto rumor han fatigado nuestra edad, porque Alberdi es, quizá, el prócer más discutido y que más dudas mueve: los unos le atribuyen todo, como si fuera hacienda suya, hasta la Constitución misma que nos rige; y sostienen que su mentalidad le endereza a enseñorearse de nuestros destinos, tanto que sus escritos son considerados como la Biblia misma de la democracia argentina, atenta constantemente a rumiar y penetrar el misterio de sus fórmulas y aforismos; los otros le niegan a su vez todo, juran y perjuran que ni las cualidades más inocentes de escritor tiene; le desconocen hasta su talento mismo, echando por las espaldas la memoria de su obra, y afirman a boca llena que sus libros son simples artículos de periodista, ligeros, llenos de contradicciones y errores, los cuales la crítica implacable desmenuza, haciendo carnicería en su cuerpo, hasta el extremo de no dejar residuo apreciable de punto alguno de vista, como si todo en aquellos fuera pequeño y bajo. Y es curioso observar, pues se ve por vista de ojos, que esta diatriba o aquel fanatismo se dan la mano de una a otra generación—no son ya muchos los que aún viven y tuvieron, o pudieron tener, oportunidad de conocerle personalmente—y todo ello descúbrese sin rebozos, casi automáticamente, a la sola mención de su nombre, subido así a grande honra en categoría de símbolo, pues la generalidad no ha pasado siquiera los ojos por sus obras o lo ha hecho solo fragmentariamente, lo que no impide que vuelva en polvo su gloria o lo entronice hasta el cuerno de la luna con motivo de aquellas, que todos dan por conocidas y sabida su mente y voluntad, pero que casi nadie estudia metódicamente, evitando quebrarse la cabeza en lo impre-

so. De ahí la dificultad especialísima de guardar a esa personalidad su justicia, dando la sentencia que mereciere.

Mi propósito en esta conferencia—que será más bien una amistosa conversación, en la cual buscaré sencillamente que las razones pongan en limpio mi personalísima opinión, sin ventilar polémica alguna con los que de otro modo piensen ni adelantar con réplicas el argumento—será tratar de descubrir a los oyentes el secreto de la impresión que Alberdi y su obra producen al transfundir en el estudioso toda su esencia, ya que, por el hecho de entrar yo mismo en el número de los que el tiempo ha convertido hoy en los ancianos de la república—mi primer libro se dió a la estampa hace próximamente 50 años—puedo pedir ayuda y socorro al triste privilegio del recuerdo personal y relatar a lo largo significativas conversaciones con aquel, hace desgraciadamente muchísimo tiempo, pero de las cuales por suerte tomé apuntamientos copiosos a raíz de las mismas. Hoy, al revolver una y otra vez el sentido de lo que dicen esos papeles, escritos hace casi medio siglo, he debido darles su natural complemento con lo que el estudio constante de nuestros hombres y cosas ha venido depositando en mi espíritu, donde se diría se encuentra todo ello archivado para que esté con mayor guardia y custodia. De esa manera, respecto de la época en que la figuración de Alberdi es más conspicua—o sea, la de nuestra organización constitucional y afianzamiento de la misma, hasta la resolución definitiva del problema de la capital—ha venido en mí a labrarse a macha martillo una certidumbre serena y clara sobre aquel hombre tan discutido, tan aplaudido y tan vejado a la vez. Y es eso lo que desearía transmitir familiarmente a los oyentes, tratando de que, sin haber menester razonar sino tan solo con la evocación sucesiva de estos recuerdos personales, vaya cada uno plasmando su propia opinión, sea que con la del conferenciante coincida o que con ella disienta. La nueva generación puede y debe tomar la vara y rever las causas de los hombres de aquella época con el criterio de la posteridad, libre de los prejuicios políticos o personales que entonces enturbiaron muy naturalmente la mente de los

actores mismos del drama, cuyos entendimientos parecen sobre el particular como anochecidos.

Ensancha el corazón, por otra parte, ver con cuanto ardor entre nosotros—ahora como siempre—ciertos grupos selectos de estudiosos andan hechos uñas de los hombres y sucesos que ya fueron, espulgándolos a todos; y solo un exagerado pesimismo de los que desean y pretenden para sí ser ellos únicamente quienes saben pensar, puede explicar, al descubrir la substancia de su médula, que se tilde a la época actual de indiferente o de inferior, suponiéndola empozada en una pereza imaginaria o en un *je m'en fichisme*—como decía juguetonamente Cané—más infundado aún. Tengo robustísima fe en el porvenir material e intelectual de nuestro país, en el empuje de las nuevas generaciones y, al observar despacio como aquellos grupos escogidos se dan buena maña en su trabajo y con cuanto tesón investigan, desenterrando cosas pasadas, me tranquilizo de ese punto de vista respecto de nuestro futuro, al cual contemplo con un optimismo justificado que ceba el ánimo y lo recrea; ciertamente—ni ahora ni nunca—la cultura intelectual puede ser patrimonio de la totalidad de los habitantes de un país, pues siempre la suma y fruto de la misión de las minorías selectas ha consistido en ser su portavoz reconocido: pero tal hecho constante en todas partes no autoriza a pretender que nuestra época esté, como alguna vez se ha dicho, debajo en todo a la de la anterior generación y que las cosas tomen cada día peor camino. A los que así opinan no vale la pena de esforzarse a capa y espada por vencerlos de lo contrario, deshaciendo las tinieblas de sus dudas; porque están tan duros e intratables que no se les puede ablandar; los que de otra manera piensan se toman interés en dilucidar todo lo que a nuestro pasado se refiere, haciendo anatomía de la diversidad de los ingenios y costumbres con la máxima sinceridad y el más explicable deseo de llegar a la verdad. A estos últimos, entonces, habituados a atalayarlo todo desde una altura, es que se dirigen las conferencias patrocinadas por la agrupación cultural que preside este acto.

Y como anhelo ser lo más breve posible en mi evocación de la figura de Alberdi, entro ya derechamente al tema anunciado. Haré uso sucesivo de los apuntes que conservo en la respectiva carpeta de mi archivo, donde su integridad no padece lesión ni detrimento, de modo que, al no hacer en ellos mudanza, evito quitar a estos recuerdos el calor y color del momento mismo.

Hace algunos años—desgraciadamente muchos, muchos años—que, en la edad florida de la primera juventud, cursaba yo en París las aulas de derecho de su afamada universidad. Acababa de publicar—dando así a luz, demasiado fácilmente y sin lima, escritos quizás más dignos todavía de tinieblas—un ensayo juvenil de estudiante un tanto ingenuo y que vivía en plena atmósfera de estudios clásicos, mi “Estudio crítico sobre Persio y Juvenal”; trabajo lleno de deficiencias, pero concebido y redactado con la sinceridad absoluta y el entusiasmo candoroso de los años de la primera mocedad, y que la crítica entre nosotros había tenido la amistosa benevolencia de alentar con encomio, sin duda a causa de la poca edad del autor.

Acostumbraba visitar de tiempo en tiempo a Alberdi cuando venía de Normandía a pasar cortas temporadas en París, y su cariñosa deferencia me permitía complimentarle y saludarle casi siempre en el modesto hotel de la Madeleine, situado detrás de aquella conocida iglesia y donde paraba regularmente. La conversación recae un día sobre aquel trabajo juvenil: lo pidió Alberdi con afectuosa insistencia; se lo envió, y a los pocos días recibía la siguiente carta, que conservo con explicable cariño: “París, 6 de junio de 1879. 4, Pasaje de la Madeleine. Mi apreciable compatriota: Por dos días, a ratos, me ha tenido encantado la lectura de su libro sobre Persio y Juvenal, estudio interesante y simpático, que, a la vez que de la Roma de esos poetas, lo es en cierto modo de nuestra sociedad en un momento de su historia. Raras veces un libro de Sud América me ha hecho decir otro tanto, créalo Vd. Me ha dejado Vd. deseoso de volver a verle. ¿Quisiera Vd. tener la amabi-

lidad de venir a comer conmigo, mañana 7, a las 6? Sin ceremonia, en simplicidad filosófica. Deseándole continuo progreso en sus estudios, me es grato repetirle mi sincera simpatía por su persona y talento.—J. B. Alberdi”.

Convite semejante mal podía rehusarse: me apresuré con agradecimiento a aceptarlo. Alberdi era en esa época, para mí, uno de nuestros primeros pensadores, nuestro constitucionalista más indiscutible, un talento singular y una figura histórica interesante; cierto es que no hacía gala de banquetear espléndidamente ni de dar comidas y cenas opulentísimas, pero su misma invitación “en simplicidad filosófica” era encantadora, pues significaba: véngase conmigo y haremos penitencia juntos.

La comida tuvo lugar en una pequeña sala de aquel modestísimo hotel, único que los recursos limitados de Alberdi le permitían habitar; allí había colocado de asiento su morada parisiense. Involuntariamente anduve yo barriendo con los ojos los rincones de aquella habitación, amueblada en ese estilo incoloro de los hoteles franceses de segundo orden: muebles de caoba, sillas y sofás del típico terciopelo verde de Utrecht, ya bien raído. Por lo demás, visible era que el anfitrión ni en comida ni en bebida admitía regalo: parecía más bien que cumplía con la necesidad. Estábamos solos. Demás está decir que traté por mi parte únicamente de no dejar languidecer la conversación, pero poniendo esfuerzo y diligencia en grabar en la memoria todas y cada una de las palabras que le oía: los puntos principales, por lo menos, se me imprimieron tenacísimamente. La comida había dado a los dos comensales nuevos bríos y alientos, siendo en extremo animada la conversación: el anfitrión poco a poco íbase de vista dejándose llevar de los recuerdos de la tierra, que constituyó nuestro tema predilecto, al cual no volvimos un instante las espaldas, y pronto nos resbalamos insensiblemente, cual si mordiéramos en el aire, por la pendiente de las confidencias íntimas, que le brotaban espontáneas y ardientes de su corazón de patriota y de estudioso, echando de sí esclarecidos rayos de luz y nuevos resplandores.

Alberdi se encontraba ya en el límite que separa la última juventud—si tal puede llamarse a la que suele florecer después de medio siglo de vivir—del comienzo de la vejez: marchita la flor de la edad, había llegado en él la vida a su madurez, pero fácil era observar que se iba disminuyendo y adelgazando, pues el tiempo visiblemente le venía quitando la hermosura, la lozanía, el bien que tuviera. Iba llegando a la vejez y parecía a ratos que comenzaba a faltarle el calor: se adivinaba una inminente ancianidad venerable. Su estatura mediana hacía resaltar más aún, si cabe, una hermosa y típica cabeza, de frente amplia, algo agobiada la fisonomía, y con aquellos sus inolvidables ojos melancólicos, que de tarde en tarde llameaban con fulgor sombrío; la belleza de su rostro no se había desfigurado aún: sin embargo, el tiempo tragador y la vejez envidiosa principiaban su obra lenta de destrucción. Se adivinaba que aquella alma había abrigado pasiones iracundas, pero que tenía el hábito de dominarlas; con todo, se barruntaba las tempestades que había sabido desencadenar y se le leía el corazón, calándosele los pensamientos, sin que fuera menester para ello ser intérprete de un agüero. Sus movimientos revelaban un cansancio físico general: se le notaba que, acongojado y pensativo, debía sudar gotas de sangre, y que la existencia le traía ya tan molido y cansado que no podría llevar mucho tiempo tan pesada carga, pues se quejaba de que le faltaba el espíritu y el aliento. Véase que en su existencia había más de un resorte roto, y que su energía luchaba en retirada, destrozada en mil añicos la propia voluntad cual si fuera un guñapo hecho pedazos. Hablaba lentamente, y miraba con sentimiento infinito: cuando daba un relámpago de luz, era con tantos nublados que causaba mayor confusión. La sinceridad más completa marcaba el sello característico de su personalidad, y respondía luego el corazón del interlocutor con nuevo amor, pues entiéndense por cifras las almas y tienen entre sí contraseñas.

Estuvo expansivo, como es fama pocas, poquísimas veces, le acontecía; ennobleció esa noche sus recuerdos con su erudición y elocuencia maravillosas: medía sus palabras con gracia. La conver-

sación rodó de un tema a otro, mientras seguíamos comiendo al tenor de un magro menú cualquiera de mesa redonda. Por último, encendimos los cigarrillos saboreando el café. Soltó la rienda Alberdi, entonces, a sus recuerdos de la patria, volviendo a su memoria las hazañas de los tiempos pasados. La cabeza en el acto se irguió: centellaron los ojos; los movimientos se tornaron más nerviosos, y la pasión comenzó a inspirarle. Por momentos parecía convertido en uno de esos clásicos hierofantes de Delfos que, sentados en el tripode sagrado, comienzan a perorar de una manera lánguida hasta que se sienten poseídos por la inspiración, y en tal momento la palabra toma alas de fuego, las sílabas se entrechocan, los períodos salen de sí rotundos y brillantes, y el oyente recoge sus palabras con respeto, llegando a creerlas la expresión misma de la divinidad invocada. Aquella escena resucitaba la memoria de ese rasgo del paganismo: por instantes parecía que la lozanía de la juventud se reía del desaire de la vejez, tal era la transfiguración visible de Alberdi.

Rememoró sus largos años de estudios solitarios y tenaces; su paciente preparación en el destierro, durante la época de Rosas, a fin de estar pronto y aparejadísimo para figurar en la vida pública de su país el día cercano de la regeneración; su justa y noble ambición por ser útil a la patria, y la ofrenda silenciosa de su vida en aras de aquel propósito levantado e impersonal, convertido insensiblemente en centinela de sus competidores, al hacer holocausto de sí. Improvisamente sobreviene la caída de Rosas y se establece el gobierno del Paraná: sus compatriotas reconocen sus méritos, escogiéndolo como a uno de sus voceros con título de apóstol: sus escritos conmueven la opinión, dando un golpe en el corazón de sus conciudadanos, y estimulan el anhelo de formular la Constitución del país, asentando la primera piedra, fundamento de todo el cuadro y planta; el congreso posterior, una vez organizada la nación, ordena sean impresos aquellos y repartidos oficialmente, tirando a hacerlo mejor y correspondiendo a la perfección y conformidad de todos, tal poner así la voluntad en razón: en una palabra, se le aplaude como a uno de los primeros argentinos, resonando en todos los

ámbitos de la Confederación los vítores y aclamaciones con mayor estruendo. Quedó así súbitamente vencedor, y su nombre entró en el alma de sus coetaneos por entre suntuosos arcos triunfales: su reputación creció en el acto como espuma y se le encumbró a las nubes, dando en las estrellas con las alas; había logrado acometer una alta empresa y darle cima, y sus connacionales gallardonaron con largueza sus méritos. La Confederación había reclamado sus servicios como diplomático en Europa; no vacila, sacrifica su próspero bufete de abogado en Valparaíso, y a sus nuevas tareas dedica con éxito su actividad, renunciando, al así atar su propio querer de pies y manos, a la satisfacción de su vanidad personal al no figurar, tomando justa parte en la victoria, personalmente en la política del país, donde todo podía esperar pues no le faltaba ánimo ni brío. En Europa no descansa: los años se le hicieron cortos, los meses breves, los días un soplo; junto con el desempeño de su misión oficial, sigue estudiando tenazmente: ganaba las letras hojeando los libros y sudaba en saber las hazañas de otros; continúa alistándose con diligencia para actuar después en su país, porque estaba aún pendiente la consolidación definitiva de la nacionalidad, ya que una provincia se había alzado contra la voluntad nacional y prefería aislarse, si no la dejaban gobernar a las demás a su guisa, y se requería industria grande para macizar aquella abertura. Sabía, además, que la Constitución no era sino el primer paso; todo estaba por hacer aún: una legislación entera por crear, a fin de no dejar interpolado, como con lagunas, el cuento de los tiempos. Se preparaba, pues, sin cesar y acopiaba apuntes tras apuntes, no deseando ser tomado desapercibido y de repente: devoraba todo lo que se publicaba y cubría los volúmenes de notas y de todo sabía sacar preciosos intereses, consiguiendo gran fruto de su inmensa lectura, que redundaba en aprovechamiento de su conciencia.

De repente el problema argentino se resuelve de un modo inesperado, sin vueltas ni rodeos y en sentido contrario de lo que él creía lógico, al desatarse sorpresivamente el nudo ciego del desbande de Pavón, que trae en pos de sí la incalificable disolución suici-

da del orden nacional, zamarreado y arrastrado por los suelos; la provincia separatista impone por el momento su hegemonía, cargándola sobre los hombros del país, al cual reconstruye sobre esa base, si bien con el justificado anhelo de levantar fábrica suntuosa. Pero junto con el orden de cosas derrumbado, otros hombres llaman de borde a borde el escenario público en todo el ámbito y redondez de la nación, desempeñando sucesivamente la primera magistratura Mitre y Sarmiento, otros dos ilustres argentinos, pero que conservaban vigorosamente en su integridad, no extinguida aún, su antipatía o su odio para Alberdi, su émulo a la vez que su compañero de destierro en Chile. Las puertas de la patria se le cerraron implícitamente entonces, y el extremo del dolor ocupó su corazón. Alberdi, en plena exuberancia de la vida, con perfecta madurez, con una preparación sin rival, se vió súbita y repentinamente condenado al destierro *sine die*, y hundido de tal suerte en mil infiernos. Era, en efecto, el ostracismo completo, sin decreto ostensible, pero con la conciencia clara del alejamiento absoluto de la patria, y, dada su carencia de medios de fortuna, con la miseria en perspectiva!

La voz de Alberdi temblaba ligeramente al referir esos detalles, como si le angustiara el alma, conmoviéndose de pavor y perdiendo el color del rostro. Una nube pasaba por su frente: la tristeza lo agobiaba. En cuanto a mí, de puro turbado no las tenía todas conmigo.

Y siguió refiriendo su epopeya, dando cuenta y razón de su persona: los largos, largos años de vida de aislamiento, casi sin recursos, obligado por último a refugiarse desengañado al retiro y soledad de la granja modestísima de su antiguo ayuda de cámara, casado en Normandía. Puso tristemente en memoria y relación sus esperanzas y su constancia en seguir siempre estudiando, si bien lo hacía ya más bien para mitigar su pena, amansado el demasiado furor pero a sabiendas de que sus mejores años quedarían estériles e inútil tanto afán: el ocio lo consumía y columbraba que sería así, si viene a mano, aguachirle. Estaba condenado a que los demonios

hicieran presa de su alma, pues era la muerte en vida, mil veces más terrible que la cicuta que los atenienses inconstantes ofrecían a sus hombres justos, cuando se fatigaban de oírlos siempre apellidar así. Y Alberdi entretrejeja los sucesos y ataba cabos sin confundirlos, narrando como tuvo que acallar el hervor desesperado de su sangre, la vehemencia sublevada de su espíritu y, poniendo silencio a toda queja, resignarse en plena virilidad y absoluta conciencia de su fuerza, a estrechar su vida hasta reducirse a ser uno de tantos seres perdidos en el anónimo brumoso de las multitudes. El estoicismo más grande no podía, sin embargo, desacir su corazón de las cosas de la tierra, y de tarde en tarde,—a pesar de su resolución, casi sobrehumana de sufrir con paciencia la vara del rigor y someterse a un verdadero suicidio moral—no podía menos de lanzar tal o cual opúsculo, combatiendo lo que conceptuaba tendencia funesta de la política argentina y poniendo a sus adversarios en perpetua afrenta; así, para no citar sino un ruidoso ejemplo arteramente explotado, disparó balas gruesas contra la triple alianza en la guerra del Paraguay, que aniquiló un pueblo hermano, precipitándolo al no ser, y nos hizo desempeñar el papel de la mano extraña que saca del fuego las castañas ardientes... para que aproveche el compadre ladino, y se riera de nosotros y nos dejara para necios!

Conmovido, le argüí en forma que la tenacidad con que se le había mantenido alejado del país era justamente una prueba de su alto valer, porque demostraba cuanto se le temía, ya que, en definitiva, no se odia nunca a los mediocres! Por lo demás, al quebrantar su silenciosa resignación, había demostrado que Dios le diera brazos de acero, manos de bronce.

Sacudió tristemente la cabeza. Le parecía quizá menguado consuelo para compensar martirio semejante: se vislumbraba que habría deseado castigar con la pena del talión y desquitarse a la igualla, retornando parte de lo mucho que sufriera.

Le oía con mi alma entera, y estaba colgado de su boca. Comprendía perfectamente el martirio terrible, innominado, de aquel

hombre reducido a la inacción por la hostilidad implacable de sus adversarios, y, haciendo concepto cabal de su grandeza, pensaba en la pérdida irreparable que para el país representaba aquella personalidad de estadista, tronchada en flor; aquel elemento de gobierno y de consejo, inutilizado por completo.

Alberdi agregó con amargura estas textuales expresiones:

—“Y ahora, mi joven amigo, es tarde! ¿Sabe Vd. lo que tan sencillas palabras significan? Una vida entera perdida, la renuncia de las ambiciones más legítimas; la conciencia de que ya no es posible reaccionar. La energía está gastada: tengo la sensación de haber sido deliberada y friamente asesinado en vida. Mi espíritu está demasiado amargado; mis fuerzas han declinado; como el pelicano, he tenido que nutrirme con mi propia substancia; he degollado mi enfermedad moral a costa de sangrías, que han derramado la casi totalidad de la sangre de mis venas. Ya he dejado de ser, soy una sombra que espera la muerte. El martirio que he sufrido, pocos lo comprenderán: Vd. mismo no tiene aún la experiencia suficiente para sospecharlo. No conozco entre nosotros hombre alguno a quien sus contemporáneos hayan hecho víctima de igual ferocidad y calculada crueldad. Solo uno se asemeja de lejos: ¿conoce Vd. las vicisitudes de la vida de Vicente Fidel López? También él tuvo fuerzas y preparación, valor y energía: le tocó su día de brillo cuando fué ministro de su propio padre, pero los odios que desató en las legendarias sesiones legislativas de junio lo han mantenido alejado de la vida pública durante este cuarto de siglo que ha pasado. ¿Que ha escrito libros de historia? Ah sí! Ha querido probablemente ahogar con el trabajo la plétora de energía que sentía bullir en su pecho. Pero, desengáñese Vd., hay ciertos hombres para los cuales el escribir es solo un derivativo; ambicionan la acción, y languidecen lejos de ella. ¿Vive resignado aquel? No lo creo. ¿Ha olvidado acaso sus justas ambiciones? De ellas apenas tienen ya memoria los coetáneos: el olvido se lo va comiendo... Sea de ello lo que fuere, su ejemplo demuestra cuan inconsistentes son las críticas que me han hecho algunos amigos, al pretender que mi si-



tuación habría variado si hubiera resuelto regresar a nuestro país. Debo fatalmente gastar mis años en casa ajena y en el extranjero, por que, si me acercara en la patria, la zaña de ciertos hombres —que han monopolizado la prensa, tergiversando los hechos: excúseme Vd. si soy tan absoluto en mis afirmaciones—me habría perseguido con encarnizamiento siendo la lucha demasiado desigual, por disponer aquellos de todos los recursos políticos y materiales, y carecer yo de ellos, hasta no tener casi los indispensables para la vida diaria. Esa política exclusivista solo ha permitido que se levanten aquellas personas que no hacen sombra y a todo asienten conformes, privando a la patria del concurso de muchos que habrían podido llevar el contingente de un carácter independiente y de un talento altivo. Así se amengua a los hombres públicos, se favorece a las mediocridades y se habitúan los políticos a considerar a los demás con triste desdén, porque no acostumbra tener cerca sino a gentes que no se les resisten. Esa es, en el fondo, la razón de ser de la deplorable carencia de estadistas en nuestro país, pues quien sigue su movimiento desde el extranjero se percibe de que son siempre los mismos nombres, y que, al lado de dos o tres de aproximada primera magnitud, solo hay un núcleo de indudables satélites más o menos incoloros. De seguir ese sistema, el país va derecho a un personalismo estrecho y mezquino: el mal es más grave de lo que parece....”.

No puedo recordar, refrescando y renovando la memoria, aquella conversación con Alberdi sin estremecerme ante tanto desencanto y amargura, que causan horror en el ánimo, atemorizándolo como visión del infierno. Los hechos vinieron después a dar carácter profético a esas palabras; sin quererlo, sin duda, habían anunciado y declarado las cosas por venir, cual si tuvieran en sí la lengua del divino espíritu. Alberdi fué llamado al Congreso, como diputado por Tucumán, y en el primer escrutinio salió con todos votos electo unánimemente. La generación de entonces le hizo magnífico recibimiento y halló aquí grande agasajo y estimación en todos: se creía acoger al luchador legendario que jamás había mos-

trado flaqueza, sino más bien valor a los demonios. El error fué doloroso: no era sino la sombra de Alberdi. Daba la vuelta a casa físicamente endeble y con su energía quebrantada, cansado, medroso, hasta el punto de que al otrora terrible polemista de las *Cartas quillotanas* erizarónsele los cabellos y quedó lleno de espanto ante el simple amago de una polémica iniciada por su viejo y legendario adversario, en una serie de briosos artículos publicados en *La Nación*, los cuales, sin embargo, tocaban solamente las cosas y como señalándolas desde lejos. Apetecía con vehemencia solo al silencio, a la tranquila obscuridad, después de casi medio siglo de ostracismo: desde ese instante, fatigado y hastiado y mal contentadizo, ardió en deseos de alejarse nuevamente del país. No pudo darse cuenta clara de la transformación de este durante ese lapso de tiempo, ni conocer a sus hombres nuevos, ni con ellos alcanzar a tener conversación familiar, pues estaba lleno aún involuntariamente de los prejuicios y del criterio de antaño. Su presencia entre nosotros era un tristísimo sarcasmo: parecía un resucitado, y la patria no logró dar calor de vida al cuerpo helado. El lo había vaticinado, dando vista a lo porvenir: era tarde. Y con presteza retornó al extranjero, dando la vuelta más de prisa que vino, resignado a morir sin nuevamente desplegar los labios: como se arroja al canasto de trastos viejos un lienzo gastado y deshilachado, que no admite compostura!

Pues bien: durante su largo destierro más de una vez su justísimo resentimiento lo había movido, encendiendo y avivando lo que traía en su pecho, a escribir páginas explicablemente feroces respecto de algunos hombres y ciertas cosas de nuestro país. Su claro criterio le hizo ciertamente en seguida reparar que aquellos desahogos de la pasión no debían ver la luz pública, por lo menos en el estado de lava ardiente, de impresión prima, porque eso equivalía a echar en la calle lo que se debiera callar, sirviéndole de atabales los cuatro vientos y de pregonera la fama. Su estadía en el país le produjo un desaliento tan profundo y definido, que perdió el ánimo y se le cayeron las alas del corazón: figurábansele las.

dificultades tan grandes y se le representaba la batalla tan dudosa, que quedó como abarrancado sin poder volver atrás ni echar el paso adelante: hizo entonces como dejación de sí y, negando su propia voluntad, renunció ya a corregir sus borradores, cerró los ojos a todo, y dejó abandonados sus muebles, papeles y libros, en los depósitos de aduana de esta capital, sin quererlos recobrar, cual si los considerara ya bienes monstrencos. Había renunciado a todo, haciendo abdicación general de lo terreno: en adelante sus días se pasaron como sombra. Desde entonces seguramente habrase dicho más de una vez que eso equivalía a morir, porque era vivir muriendo y su trabajo resultaba peor que la misma muerte. Y esta vino al fin implacable a concederle el reposo que la vida le había cruelmente negado y a purificar de las flaquezas humanas su noble figura de pensador y su reputación de escritor, afinándola como en un crisol. Pero esos libros y papeles encajonados, después de muchos años de almacenaje—gracias a la tramitación del expediente testamentario, que repartía los poquísimos bienes de aquel ilustre argentino—fueron sacados a remate un día; asistí al doloroso epílogo y adquirí cuanto me fué posible: su escritorio de París y libros llenos de acotaciones suyas; pero los cajones de papeles, reclamados por algún heredero, no fueron subastados. Y es de esos cajones de donde se ha desenterrado lo que, para mengua del grande Alberdi, llaman sus *escritos póstumos*; y se publicaron volúmenes tras volúmenes—ya que el tesoro público dió para ello los fondos requeridos—incluyendo todo lo regular, lo mediocre, lo incompleto y hasta lo que no es sino apunte para trabajo posterior, con llamadas para recordar que hay que consultar tal o cual libro, y que hay que desarrollar tal o cual doctrina....

Pero los recuerdos personalísimos que he evocado, ponen delante de los ojos lo que de apartado se pierde de vista y explican perfectamente como Alberdi pudo escribir las páginas tremendas sobre Mitre y Sarmiento, cuya publicación póstuma escandalizó un momento a nuestro mundo literario. No precisamente porque verdades que puedan alborotar los pechos no se han de decir, pues

se concibe fácilmente que ha tenido más de un momento en que ha pensado eso y mucho más: se habría comprendido todavía que hubiera utilizado esas enconadas cuartillas en una polémica más o menos ardiente y en vida hubiere echado en público un diabólico libro, cuyas páginas vomitaran ponzoña; pero nadie podrá explicarse que las haya deliberadamente redactado para la posteridad, vale decir, con la serenidad muy tranquila con que procede un hombre, poniendo en todo sosiego y quietud, al tener conciencia de que lo que escribe solo será conocido cuando ya no exista y ande su alma buscando posada para siempre, lo cual equivale a una especie de solemne testamento, en el cual todo se da con peso y medida: la última voluntad, expresada ecuanímente en esos instantes en los cuales se acallan las pasiones, se temple el sentimiento, el espíritu se cierne en regiones elevadas desprendido de las miserias terrenales, y se habla a los que sobreviven con la augusta tranquilidad del que ya no tiene necesidad de amar ni de odiar, sino tan solo de distribuir justicia! Si páginas semejantes existían entre los papeles dejados por Alberdi, esas eran las únicas que debieron publicarse como escritos póstumos; las otras, las que sirven de borrador para polémicas, para ataques, para desahogos, esas hubiera sido mejor dejarlas reposar piadosa e indefinidamente en el sueño del olvido, al que su autor, más generoso y discreto, las condenó ya en vida. Sobre todo, dada la desembozada animosidad latente entre Alberdi y aquellos otros próceres argentinos, todo juicio póstumo del primero sobre los últimos debe ser acogido con justificada desconfianza y aún leído de mala gana, pues carecía aquel de la ecuanimidad necesaria para opinar: sobre esto no hubo jamás diversos pareceres. Las mismas apreciaciones textuales que de él acabo de referir ¿hasta que punto son exactas? ¿hasta donde lo cegaba la pasión y atribuía a los otros propósitos de que quizá carecían?

Porque Alberdi recapitula y suma, ante todo y sobre todo, al polemista hábil y terrible, cuyos escritos elegantes y lacónicos son verdaderas catapultas que abren brecha en las murallas más sólidas, y cuyas frases aceradas dan gallardas cargas y sin piedad hieren

y anonadan. Sus adversarios muy explicablemente salieron con osadía a la causa y se defendieron y lo acometieron, a su vez, a escala vista con gran coraje y denuedo. Y eso que extraña siempre fué la estrella de Alberdi, pues sus antecedentes no parecían darle título y oficio para desempeñar papel semejante. Despachado desde Tucumán, niño aún, a educarse en Buenos Aires, con lo que sus padres buscaron buenos arrimos a la tierna planta, para enseñarle con las letras juntamente virtudes, se enlazó aquí con palabras y halagos en la mejor sociedad, convirtiéndose en el niño mimado de los salones merced a su singular talento musical, que, cual si hiciera libro nuevo y madura de vida, lo transformó en pianista festejado y aplaudidísimo compositor de piezas de baile; contrajo, conteniéndose en los límites de la hidalguía, amistades duraderas con sus más distinguidos coetaneos; levantó la mente a la consideración intelectual y escribe en la primer juventud libro tan sesudo como aquel *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, que poseo en mi biblioteca en el ejemplar que fué de propiedad del autor, por este corregido para una edición definitiva, después no realizada; y se hermana y aduna con el movimiento intelectual y político de su tiempo, redactando con Echeverría el *Dogma socialista de Mayo*, y, ya emigrado en Montevideo, ayudando al general Lavalle como secretario en la preparación de la invasión de 1839, donde el caliz mezcla con sus lágrimas; después de breve estada en la que fuera Nueva Troya, tras un rápido viaje a Europa echa raíces de asiento en Chile y se transmuda allí en el abogado más buscado de Valparaíso, respondiéndole tal trueque con ganancias tan crecidas que logra reunir apreciable fortuna, sin que las tareas forenses le pusieran estorbos ni echaran candado a su boca respecto de los sucesos de su patria, pues con la certera honda de los opúsculos arrojaba para arriba gruesos cantos de durísima piedra, que a las veces sacan de su quicio a sus mejores amigos, como en 1847, cuando su patriotismo clama como trompa sonora predicando el olvido de rencillas partidistas, lo que equivalía a decir a los pecadores el error de su vida y—en esto quizá el demonio se entromete aquí con mucha sutile-

za—en consecuencia sugerir que debía servirse al país y dejar de dañarlo so pretexto de hostilizar a Rosas, pues así se hacían parte de enemigo: lo que le valió la indignada impugnación de Frías y Tejedor, que redarguyeron su opinión con ardiente elocuencia.

Cuando llegó a Chile la noticia de Caseros, que hacía tocar con felicidad la meta, los emigrados muy naturalmente se sintieron electrizados: no cabían de contento en el pellejo, deshaciéndose de gozo y júbilo; los unos se apresuraron a regresar al país, para ofrecer sus servicios con toda voluntad y cooperar personalmente en el nuevo orden de cosas, si bien cada uno pretendía empuñar el bastón y hacer del rey y señor, pues la secreta aspiración de cada cual era el dominar absolutamente y tener la primera y mayor mano; y los otros—los menos, sin duda—permanecieron en el extranjero, esperando impasibles y austeros el momento propicio de ayudar, poniendo de su parte la industria, en la reconstrucción nacional. Alberdi fué de estos últimos: su íntimo amigo Juan María Gutiérrez, en cambio, se vino en el acto; aquel, apercibido con tiempo para tan forzoso lance, le salió al encuentro sin vacilar redactando en breves semanas sus *Bases*, que pudieron circular impresas a principios de mayo de 1852... Sin más ni más atolóndranse todos, y el viento de la fortuna súbitamente levanta al autor de una cumbre a otra mayor, caminando así a gran paso a sumas dignidades.

Encuentro entre mis apuntes las referencias de una interesantísima conversación con Alberdi, sobre este libro famoso; paréceme que ella saca a luz cosas escondidas, aún cuando no se trate precisamente de misterios sino tan solo de manifestar lo que antes no se sabía, como si aquel se hubiera desabrochado el pecho, alzándose el embozo que se le caía. Una tarde llego a visitarlo en momento en que se disponía a salir del hotel: me invita a acompañarlo por la soberbia avenida de los Campos Eliseos, caminando a paso tendido y, como acabara yo de leer entonces las *Bases*; le hablé con insistencia de esa obra, ponderándosela con el natural entusiasmo de la juventud y diciendo maravillas de aquella.

Entonces me contestó, cual si hiciera con acierto las cuentas del alma y entrara en los rincones de su conciencia:

—“Si, esa es mi “obra”, lo que probablemente quedará de todos mis escritos y lo que cimentará mi reputación cuando yo haya muerto. Pero fué originaria y propiamente un panfleto, escrito al correr de la pluma en Valparaíso en pocas semanas, al conocer la noticia de Caseros, y para que pudiera servir de norte a la opinión en la reconstrucción que se preveía. Se publicó en la mejor oportunidad, produciendo una enorme impresión en la Argentina y entre los emigrados en el extranjero. Lo escribí a vuela pluma, sin tiempo para controlar mis referencias, utilizando fragmentos enteros de otros escritos míos, lo cual fué condensado para formar un todo orgánico y señalar en qué sentido debía dictarse la futura Constitución, mostrando como era ello el resultado de meditación reposada durante mi vida entera y no una improvisación ligera. Tal fué la precipitación con que debí escribir ese feliz opúsculo, que no tuve siquiera tiempo para formar un proyecto de Constitución: porque, si bien redacté aquel en días, lo había madurado en años, y era menester aprovechar la oportunidad única de ese único momento histórico; pero la prensa del Plata lo reprodujo con tal profusión y se hicieron del mismo tan sucesivas ediciones, que entonces creí conveniente componer mi proyotó, publicado en parte por Gutiérrez en los diarios del Paraná antes de que se reuniera el Congreso Constituyente de Santa Fe. Por lo general la opinión atribuye a las *Bases* la paternidad de la Constitución de 1853, lo que no es sino indirectamente exacto, ya que no contenían aquellas al principio el proyecto mío, que elaboré por separado después: la anfibología proviene de que, en la edición definitiva de Besanzon, años más tarde, rehice el libro, lo corregí y lo amplié, para que pudiera servir de verdadero comentario a la Constitución dictada, y le incorporé a la vez mi recordado proyecto. Con todo, Gutiérrez me escribió que, en la comisión redactora de la Constitución, él se sirvió constantemente de dicho trabajo, si bien Gorostiaga hacía gala de solo tener como modelo directo a la constitución de los Estados Unidos y a

todas las diotadas antes en nuestro país. Puede entonces decirse que, en ese sentido, todos hemos colaborado en la Constitución, y si bien es cierto que la sancionada no es el texto mismo de mi proyecto, es innegable que mi libro de las *Bases*—por su reproducción en la prensa diaria y las diversas ediciones que se hicieron antes de la reunión de la Constituyente—fué el breviario de los miembros de dicha asamblea: en tal sentido me corresponde el título, que la opinión nacional me ha dado, de padre putativo de nuestra carta fundamental. Sobre todo, hay este hecho indiscutible: fué mi libro el único escrito doctrinario en materia constitucional publicado a raíz de Caseros. Gutiérrez era mi más antiguo amigo y sin duda prohibaba mi proyecto; y habría evidentemente deseado que se le hubiera aceptado íntegro; pero Gorostiaga, lejos de tener parecida vinculación conmigo, me miraba con poca simpatía, y por su mismo carácter profesional rehuía servirse de un trabajo de otro abogado compatriota: como explicable rivalidad del oficio y porque aquel, además, pretendía con su habitual prosopopeya conocer a fondo los tratadistas norteamericanos, en razón de jactarse poseer sus obras; a eso se debe que, en la parte redactada por él, primara su texto, basado principalmente en la constitución unitaria de 1826 y los pactos provinciales y, para dar forma a lo que era puramente doctrinario, la constitución de Estados Unidos. Como esta, a su vez, me había servido a mi en gran parte de modelo, involuntariamente Gorostiaga venía a propiciar una serie de artículos de mi proyecto: lo que siempre se resistió a reconocer, por más que Gutiérrez se lo reprochara más de una vez. Lo interesante no es, sin embargo, la materialidad de que se aceptara más o menos íntegro tal o cual proyecto, pues en definitiva todos los de ese género se calcan en los textos de las constituciones conocidas; sino la orientación doctrinaria federo-unitaria que mis *Bases* propiciaron y todos aceptaron, y las ideas madres institucionales y económicas expuestas en mi libro: mi mérito estuvo en haber sido el único y oportuno exponente del íntimo anhelo nacional; en el momento decisivo y ese mérito de las *Bases* nada ni nadie podrá desconocérselo. Lo demás

es chicana: si tal o cual artículo de mi proyecto fué incluido u omitido, si lo adoptado proviene de tal o cual constitución anterior o de proyectos de otras, como el que Rossi propuso para los cantones suizos... Mi orgullo legítimo está en haber sido el intérprete autorizado del ansia patriótica en un instante crítico, escribiendo y publicando en breves días, en un centenar de páginas, lo que todos confusamente soñaban pero que ninguno había logrado precisar. Mi vanidad justificada estriba en haber sido el único argentino que, en aquel momento en que todos se ocupaban solo de sus ambiciones personales, se preocupó únicamente de la patria y de su reconstrucción con absoluta prescindencia de su persona. Tengo la convicción de que jamás ha habido, en momento alguno de nuestra historia, una manifestación más oportuna, clara y nítida, de lo que convenía a la nación, realizando en el acto tal cual se dijo. Para usar un simil musical, le diré que mi libro fué el *lá* dado en el momento en que los músicos de una orquesta están afinando sus instrumentos cada uno por su lado, con la inevitable cacofonia del caso, de manera que aquella nota los puso oportunamente en el camino del acorde final".

Muy presente tengo aún que, mientras él hablaba, estaba yo con el oído tan largo, atentísimo, sin animarme a interrumpirlo para no cortar el hilo de su razonamiento: no tenía valor para formular las mil y una preguntas que pugnaban por saltar a mis labios. Alberdi, con todo, ciertamente me leyó el corazón y cayó en lo que significaba mi silencio, pues, engolfado ya en sus reminiscencias, se dejó abrir el pecho y reconocer lo que en él había, y con franqueza extraordinaria continuó con una claridad de expresión que daba mil resplandores, hablando tan a gusto y con tal armonía que cautivaba el corazón. Por eso, de vuelta a casa en el acto fuí tomando por escrito cuanto le oí, temiendo se me pasara algo entre renglones; nada quise echar en olvido, porque de no apuntar en seguida las palabras espárcelas el aire y no nos dejan ni memoria de ellas. Repitiéndolas ahora, tantos años después de oídas, pareceme escuchar un

eco de ultratumba y al mismo Alberdi declarar sus pensamientos. He aquí sus propias palabras:

—“Lo único que he lamentado es que mi destino me haya impedido encontrarme en la patria y colaborar en la implantación de la Constitución. El general Urquiza solo de lejos me conocía, pues realmente yo he sido un extraño para mi país: desde 1838, que me ausenté de él, no he vuelto más y no conozco personalmente sino a los hombres de la emigración; pero si bien mi excelente amigo Gutiérrez estuvo en el ministerio de la presidencia de Urquiza, debo reconocer que fué éste quien realizó la organización nacional de un modo magistral, rodeándose de hombres ilustres que, en las mayores penurias, llevaron a la práctica la Constitución con un desinterés y patriotismo que les honra. Lo que entonces se hizo no tiene precedentes en la historia: en Buenos Aires estaban casi todos los hombres de pensamiento, más o menos, y en las provincias solo existían poquísimos de ese género; en el puerto porteño se concentraban los recursos aduaneros y el movimiento comercial, mientras que en el interior no había rentas fiscales y la vida económica era rudimentaria; en la antigua capital virreinal perduraba tradición de gobierno y una clase burocrática que tenía práctica administrativa, siendo así que del otro lado del arroyo del Medio todo era embrionario y ni siquiera empleados oficinistas se encontraban. Pues bien, Urquiza creó de la nada todo, del caos hizo la luz, formó una administración donde no había ni sombra de ella, organizó constitucionalmente las 13 provincias y dejó al congreso la más amplia y conceptuosa libertad, gloriándose de la independencia de opiniones de sus miembros, como acordó completa amplitud de acción a sus ministros para que crearan no solo la burocracia administrativa sino, a la vez, las tradiciones de gobierno, con el estudio sesudo de las cuestiones que se presentaban. Ese es el gran título de Urquiza; muy superior al de vencedor de Caseros, pues ésta no fué militarmente ni batalla siquiera y, personalmente para mí, la participación brasilera me ha hecho ese día nubloso y triste; mientras que la acción de aquel durante su presidencia no tiene

igual en nuestra historia, ni antes ni después, por lo cual la gratitud de la posteridad le ha de discernir con justicia el merecido título de organizador de la nación. Supo ser presidente constitucional y tener verdaderos ministros, que fueron colaboradores conscientes y responsables; y respetó siempre el parlamento, al cual reconoció la libertad más absoluta. Ciertamente es que con tal objeto cuidó de concentrar a su alrededor, poco a poco, a las inteligencias más desinteresadas del país, a las cuales pidió solo sacrificios sin poder ofrecerles compensación alguna: por eso el grupo de "hombres del Paraná" pasará a la historia como el de los más abnegados patriotas de su época. La maldita segregación del estado de Buenos Aires, obra principal de la personal ambición de Mitre, fué lo que motivó mi alejamiento del país, obligándome a aceptar la misión diplomática en Europa para defender allí la integridad nacional, porque, si las naciones europeas reconocen al estado separatista, todo el esfuerzo de la Confederación estaba perdido. Consagré mi existencia a esta tarea, y durante los años de las presidencias de Urquiza y Derqui mi acción diplomática fué eficaz en el sentido de salvar en el extranjero la integridad nacional, a la vez que, en forma de opúsculos anónimos de ocasión, combatía en nuestro país la funesta separación. No tiene Vd. idea de la actividad que tuve que desplegar entonces: el gobierno de la Confederación me remitía escasamente los fondos necesarios y tuve que empeñar mi crédito y echar mano de mis recursos personales, porque el estado porteño tenía como agente a Balcance—hoy, por singular ironía, todavía mi sucesor en la legación aquí—y este disponía de recursos amplios, lo que le permitía emplear una legión de colaboradores, periodistas y folicularios; había que contrarrestar esos trabajos en Europa, y a la vez, que seguir incansable mi campaña de panfletos destinados a nuestro país. Ya antes de dejar a Valparaíso y las comodidades de mi querida quinta de Quillota y la numerosa clientela de mi estudio de abogado, publiqué mi primer opúsculo sobre la integridad nacional; de paso por Estados Unidos, sobre ello versó mi *memorandum* al después presidente Buchanan; en Londres, me inspiró

ello mis dos opúsculos sobre el comercio y la deuda inglesa; pero el escrito que más roncha hizo, porque era una estocada a fondo y que botoneó al adversario en pleno corazón, fué el de 1853 sobre las cosas del Plata, después del cual se desataron contra mí las furias todas del averno porteño, simplemente porque, como dicen los esgrimistas, había "tocado justo"; a ese panfleto siguió el de 1859, sobre las relaciones diplomáticas de nación y provincias; el de 1860, sobre el pacto de noviembre etc. Que campaña activísima aquella! Ese fué un timbre de honor para mí, pues a la vez que libraba esa ardorosa batalla en nuestro país por medio de panfletos, obtenía éxito completo en las difíciles misiones diplomáticas en Europa, como lo expuso mi memoria de 1860. Tengo para mí que si grande fué el mérito de las *Bases* y única la oportunidad de su aparición, orientando la formación de la Constitución que nos rige, no menos importante fué mi recordada campaña panfletaria, pues contribuyó eficazmente a consolidar la integridad nacional. Es verdad que ni el gobierno ni el congreso del Paraná titubearon jamás en esto, tanto que por dos veces se declaró la guerra al estado separatista; pero la prédica doctrinaria estuvo, puede decirse, a cargo exclusivo mío, desde que la virulencia periodística de Nicolás Calvo, en *La Reforma pacífica*, más bien dañaba que servía a la causa nacional. De modo que, si bien desde el extranjero, también desempeñé un papel activísimo en las luchas políticas internas de nuestro país en aquel momento decisivo en que nuestra nacionalidad estuvo en un tris de sufrir una nueva desmembración, separándose el estado de Buenos Aires, como antes se había separado Bolivia, después la república del Uruguay, más tarde el Paraguay: separaciones que han resultado definitivas, pues jamás se reconstruirá íntegra nuestra nacionalidad originaria... Es, pues, mi orgullo el haber sido el factor eficiente en salvar la integridad nacional e impedir la segregación de Buenos Aires. Lo que siguió después es bien triste: por rivalidades entre Derqui y Urquiza, Mitre logró llegar a la tercer presidencia, metamorfoseando en triunfo la derrota de Pavón, ya que Urquiza prefirió todo a la continuación del gobierno de Derqui. Tal

suceso me arrastró en sus redes: destituido en Europa, triunfante mi rival Balcarce, no se me pagaron los sueldos atrasados y tuve que hacer frente a todos los gastos hechos a crédito, insumiendo en esto los últimos recursos que me quedaban de mi anterior prosperidad de Chile, y quedé reducido materialmente a la miseria. Lo demás ya lo sabe Vd. porque hemos hablado alguna vez sobre ello: me salvó de la desesperación la energía de mi carácter, la gratitud de quienes me han dado constante hospitalidad en Saint André de Fontenay, y mi decisión de dedicarme al estudio para continuar sirviendo a la patria desde este ostracismo cruel e involuntario. No me amilanó tal deasstre: reaccioné al poco tiempo, porque tengo temperamento de luchador y polemista, por más que mi físico parezca inclinarme a la tranquilidad y al retiro; entendí siempre que, en los destinos de nuestra patria, tenía un papel dado que desempeñar: padre putativo de la Constitución del 53, mi misión ha consistido en velar por la nacionalidad y combatir por su integridad, que consideré amenazada, en lo interior por los hombres de Buenos Aires, y en lo exterior por la política intrigante del Brasil, sembrador sempiterno de la discordia en el Plata. Pasado, pues, el primer momento de desaliento, volví ardoroso a combatir en el único terreno que me quedaba: el de la campaña panfletaria. De ahí mis opúsculos de 1861 y 62 sobre la crisis política argentina, a raíz de Pavón y la consolidación de la unión nacional; sobre la anarquía argentina, etc. Porque resultaba este hecho curioso: la unión nacional definitiva, con la reincorporación de Buenos Aires en la Confederación, fué solemnemente jurada en 1860, de manera que el incidente de Pavón resultó una simple revuelta interna posterior, que llevó a la tercer presidencia a Mitre, pero este y sus partidarios pretendían que la unión solo databa de tal presidencia y hacían tabla rasa de las anteriores: la prensa porteña propalaba esa mistificación y así se enseñaba hasta en los textos escolares. Para consolidar tal tendencia y uniformar al país en ese sentido, los hombres de Buenos Aires se enfeudaron a la política brasilera y fomentaron la revolución oriental de Flores, el escándalo de Paysandú, y terminaron

por el tratado de la triple alianza para arrasar al Paraguay y obligar a las provincias, so color de la guerra internacional y merced al estado de sitio, a someterse a la política porteña. Consideré tal guerra como el más funesto error histórico y la mayor calamidad para nuestra nacionalidad: por eso la combatí desde el extranjero, como lo hicieron en nuestro país muchos hombres distinguidos, entre ellos Guido Spano y el mismo Navarro Viola, compañero de su padre en la *Revista de Buenos Aires*. Creí que, como verdadero patriota, debía mostrar a nuestras provincias el abismo a que conducía tan monstruosa guerra, contraria a todos los intereses verdaderos del Plata y que solo serviría al Brasil para debilitar a sus linderos del sud, consolidar su influencia agresivamente imperialista y legalizar sus usurpaciones territoriales en las Misiones Orientales, como así sucedió cuando obtuvo que Lamas le cediera lo que no podía ceder, por no ser oriental. De ahí mis panfletos de 1865, sobre las maquinaciones del Brasil; sobre los intereses argentinos en aquella guerra; de 1866, sobre los efectos de tal guerra en lo económico y político; y mi publicación comentada del texto del monstruoso tratado de la triple alianza, revelado en Inglaterra; sobre los intereses de las demás naciones sud americanas en semejante atentado; de 1867, sobre la misma guerra, etc. Los políticos porteños pretendieron tildarme de traidor, lo que no se habían animado a hacer con los opositores internos a la guerra, contentándose con encarcelarlos en pontones; pero tal imputación gratuita jamás me perturbó, porque tenía la conciencia de cumplir con un deber patriótico como argentino, y porque procedí siempre desinteresadamente, sin permitir que el Paraguay distrajera jamás un solo centavo en mi beneficio o siquiera en ayudar tal campaña panfletaria. El juicio de mis conciudadanos me ha lavado ya de tan calumniosa imputación. Y ahora, mi joven amigo, me ve Vd. viejo y achacososo, viviendo casi míseramente, después de haber empleado mi vida entera en servir a mi país; pero las dos presidencias de Mitre y Sarmiento me han sido fatales, condenándome a este destierro definitivo: ni el uno ni el otro perdonaron jamás, el primero, mi cam-

pañía por la integridad nacional, y el segundo, el recuerdo de las *Cartas Quillotanas*, que lo pusieron para siempre a la raya”.

Hasta ahí alcanzan mis apuntes de esa conversación de 1879, cuyos términos literales no he querido modificar ni siquiera en aquellos galicismos a que tan afecto fuera Alberdi desde su primera juventud, cuando ponderaba a un “admirable jefe de obra”—un *chef d'œuvre*—para significar con ello una característica obra maestra. Pero aquellas líneas, por su misma condición de llevar tantos años de escritas, deben ser respetadas en toda su integridad: hacer con ellas el oficio de zaranda, peligrosa y poco respetuosa cosa habría sido; prefiero que conserven todo el sabor, y aún amargo, del espíritu del cual provienen, que con frecuencia muda la respuesta de blanda en áspera, poniéndole el abono de la pimienta.

He tropezado aún con el apunte de otra conversación de París, si bien no tan interesante como las anteriores pero sugestiva de la psicología de Alberdi, pues le instila la verdad al corazón, lo reduce poco a poco y lo penetra con sus poderosas máximas. Dábame maduro y sano consejo un día sobre mis trabajos y estudios, indagando cual era mi inclinación dominante y que más hacía ostentación de su potencia: como le contestara, con explicable jactancia juvenil, que presumía dar alcance y medir todas las cosas, haciéndome a mi mismo regla y medida y juez de las que excedan mi capacidad, todo ello con curiosidad avasalladora por cuanto seducía mi espíritu; díjome entonces, oídas y examinadas las razones:

—“Nada hay más peligroso que esa insaciable curiosidad intelectual, porque dilata su atención en un radio sin límites y le impide concentrarla en un solo punto. Si Vd. tiene ambición, sea en lo político o en lo literario, huya Vd. de esa peligrosa tendencia, signo de verdadero epicureísmo mental, y que únicamente deben permitirse quienes han vivido ya y realizado su “obra”. Solo limitando su horizonte se puede aspirar a dejar rastro duradero: los que ambicionan y están hidrópicos de deseos y de imaginaciones, deben subordinar todo a ese ideal y convertirse en esclavos de tan insaciable tirano, porque siempre el fuego de la ambición ocupa todo el

edificio. Del punto de vista práctico, le diré que la política es la única carrera que—en países incipientes, como el nuestro—procura notoriedad; pero para tener éxito en ella, forzoso es conformarse en absoluto a la máxima criolla: “es menestes prenderse de los falzones de la levita del caudillo todo poderoso”, de lo contrario, se va derecho al fracaso.... Pero si tiene Vd. un espíritu irreductiblemente independiente, rehacio a la pasividad de la disciplina partidista o de cualquier otro género, no vacile un instante, renuncie por completo a la política y a toda bandería o círculo de club, resignese a ser un franca tirador aislado y trate de andar sobre coturnos de divina filosofía. Es posible que, de obrar así, no sea Vd. comprendido y concite en su contra a tirios y troyanos, pues quién se aísla siempre resulta en nota de descortesía; pero en cambio gozará Vd. de plácida tranquilidad mental y contemplará sonriente el jadear de las gentes tras del poder o de la riqueza, y el *venticello* de los que labran su fama, en los cenáculos, con la eterna demolición de las reputaciones ajenas, condenándolas a la asfixia del silencio en la prensa; pero ya Dante nos mostró la línea de conducta a observar en tales casos: *guarda e passa*... Y eso se lo dice a Vd. un hombre que, en el fondo, simpatiza con su tendencia, pues la encara como la satisfacción del observador que, profesando vida solitaria en medio de la muchedumbre, contempla y juzga lo que pasa en el mundo desde lo alto de su torre ebúrnea. Pero yo he combatido en mí, cuando fui joven, tal inclinación y si bien el constante comercio con libros y hombres me ha convencido de la inanidad de la gloria en vida o de la fama en la posteridad, he sacrificado mi originaria propensión de filósofo contemplativo al cumplimiento de un deber patriótico y me convertí en luchador activo en todos los asuntos atingentes con nuestro país. Pero lo hice con un concepto estoico del cumplimiento del deber como imperativo categórico, sin esclavizarme con la ilusión de una gloria más o menos efímera y sin olvidar que tienen límite los favores de la fortuna. Hoy, que considero terminada mi misión de luchador, me entrego con fruición al epicureísmo mental a que aludí: encuentro en el constante estudio mi

satisfacción más grande, y escribo siempre con placer el resultado de mis observaciones para que, publicado algún día, pueda servir a las jóvenes generaciones argentinas, por lo menos para transmitirles la impresión que en el espíritu de un compatriota estudioso dejan los sucesos y los hombres de su tiempo. No conozco gozo más puro y comparable al de ser así polígrafo, sin circunscribirse a una sola disciplina, sin limitar su vida a una sola aspiración, sino, por el contrario, como un filósofo verdadero para quién nada de lo que es humano debe serle extraño, sin atribuirse presunciones de sabio ni preciarse con calidad de docto. Sólo los pedantes hacen mofa de tal universalidad, pretendiendo que únicamente deben escribirse obras maestras, llenas de absoluta originalidad, de modo que quién no pueda aspirar a ser uno de los cinco o seis nombres que sobrenadan en la historia mundial del pensamiento—Homero, Virgilio, Dante, Cervantes, Shakespeare, Goethe, quizás Hugo—no debería jamás escribir. Es esta una majadería: en la inmensidad de la producción intelectual, que lanza anualmente a la circulación centenares de miles de volúmenes nuevos y que concentra ya en ciertas bibliotecas varios millones de obras distintas, los libros que se publican no pueden razonablemente—salvo el caso de los genios: y estos se cuentan con los dedos de la mano—aspirar a tener sino una influencia muy limitada, circunscrita por lo general a un momento dado y a un determinado ambiente. Se escribe porque se llena así una aspiración de la existencia como satisfacción de la conciencia propia, y es esa una manifestación incoercible de la actividad individual en determinadas mentalidades; los lectores son siempre voluntarios y quien no quiera leer sino—como el pedante de marras—obras gemiales, corre el peligro de pasar su vida entera sin leer nada... No haga Vd. caso de tales críticos dispepticos: generalmente se trata de hombres hurafios que se consideran fracasados porque no han sido lo que creyeron podían ser y, entonces, traen la lengua llena de ponzoña y se dedican a demoler todo lo que aparece, afectando hacerlo olímpicamente: gozan en ese destripamiento universal, complaciéndose en viciar con diente venenoso la raíz del árbol al principio.

Déjelos que rindan así tributo a su bilis enferma: sea Vd. tolerante con los demás, lea Vd. todo lo que le interese, aprecie ecuánimemente el esfuerzo ajeno y produzca con serenidad y sinceridad lo que su conciencia le sugiera, sin soñar en imponer a nadie la lectura de lo que publique, pues el temperamento filosófico se desentiende del libro que acaba de escribir, sin pretender convertirse en su guardián feroz y atacar a dentelladas a quienes lo critiquen. Hay en el trabajo intelectual, en sí mismo, una fruición suprema superior a la esteril del criterio sistemáticamente pesimista y acostumbrado a echar por los suelos los templos: el público grueso gusta de tales demoliciones, como dicen gustó un momento de las *Ciento y una* de mi contrincante Sarmiento, pero el grupo selecto de los que propiamente entienden aprecia en definitiva la obra razonada y, sobre todo, la suma conciencia de las *Quillotanas*. En mi caso actual pocas esperanzas abrigo—dada mi edad avanzada y la escasez de mis recursos—de publicar todo lo inédito que tengo: no puedo darme esa satisfacción, y eso me produce una desazón grande, pues ignoro quién podrá hacerlo cuando yo muera, desde que me encuentro solitario. Ya me siento fatigado para revisar mis manuscritos y convido en que debería hacerlo porque no todos se encuentran listos para la impresión: me preocupa hondamente ese problema póstumo y, a las veces, me atormenta la tentación de destruir lo escrito.....”

Esa conversación no se me pasó jamás de la memoria, porque efectivamente, después de la muerte de Alberdi, si bien la publicación de sus escritos póstumos ha avivado las centellas de la quema pasada, ha reverdecido a la vez la figura de aquel ilustre pensador; pero puede que hubiera sido mejor, para la fama del constitucionalista argentino, que su nombre no fuera otra vez discutido y escudriñados afanosamente los secretos de su temperamento y la justicia de sus juicios: aquella edición reviste hasta cierto punto carácter oficial, y desgraciadamente el *trop de zèle* esta, como otras veces, no ha servido sino para dañar lo mismo que sin duda se quiso exaltar.

El final de Alberdi fué tristísimo. Su paso por Buenos Aires no solo fué el de una sombra cuasi de ultratumba, que daba las últimas llamaradas, sino que demostró que desconocía totalmente el ambiente y se quedó ayuno de saber como era: así, creyó ingenuamente que en su discurso de la Facultad de Derecho sobre la *omnipotencia del estado* revelaba verdades desconocidas y descubría los misterios que estaban figurados, cuando solo glosaba al hoy cuasi olvidado Fustel de Coulanges, desde años atrás texto socorrido de Goyena en su clase de derecho romano... Más aún: habiendo permanecido en la ciudad con los diputados de la mayoría cuando la revolución del 80, el congreso de Belgrano destituyó a todos y los privó de sus derechos, menos a él en recuerdo de su pasado. Pero junto con él quedó también mi padre; eran los dos únicos diputados que no pertenecían a la mayoría contraria al gobierno nacional y cuya actitud, entonces, obedecía a otras razones. Recuerdo aún, volviendo atrás los ojos, haber asistido en casa a una entrevista de Alberdi con mi padre, a pedido de éste, quién había redactado un manifiesto para dar a sus amigos políticos claro conocimiento de la singularidad de la actitud de ambos, antiguos hombres de la Confederación, pues consideró siempre que gran fuerza trae consigo el hablar claro. Alberdi, trémulo y visiblemente amedrentado, decía:

—“Tiene Vd. razón, eso deberíamos hacer. Pero yo estoy ya muy viejo y no quiero exponerme a nuevos ataques de la prensa de Buenos Aires. No me atrevo a desafiar el encono de los antiguos adversarios: Mitre volverá a atacarme: Sarmiento, de seguro. Discúlpeme: no tengo ánimo para afrontar otra lucha nueva...”

Y apesar de ello no pudo evitarlo, pues su mansedumbre no excusó odios: cuando el gobierno de Roca quiso glorificarlo hasta decretar más tarde una nueva edición de sus obras, Mitre a su vez consideró que era menester censurar lo que equivalía a ser una medida de rehabilitación política, contraria a toda su actuación anterior y—sospechando que vendría despues dicha edición—resolvió demostrar que no se hallaba la fama de Alberdi sin nota ni achaque, sino que era ello volver a las mismas herejías del pasado. Se vió, enton-

ces, que el antiguo adversario dispuesto estaba a dar uno y otro golpe y cien mil si fuera menester, comenzando en *La Nación* una serie de artículos terribles contra aquel. Pues bien: cesaron los artículos porque Alberdi, estando ya el agua a la boca y la soga a la garganta, por intermedio de un amigo común renovó, turbada la claridad del juicio, las manifestaciones que hiciera antes a mi padre y pidió clemencia para el anciano ya cansado! Se vió en los últimos lances de la fortuna y tuvo el negocio por desahuciado, cayendo en el profundo abismo de la desesperación.

Con todo, procuró con afán y solicitud demasiada lo que él llamaba una reparación: pidió a Roca que le volviera a dar la legación de París, que Mitre le quitara para poner a Balcarce, quién todavía la ocupaba. Aquel, apesar de todo su aprecio por Alberdi, no consintió en tomar sobre su conciencia lo que hubiera sido una injusticia flagrante y, en cambio, nombró al primero ministro en Chile. Alberdi no pudo siquiera desempeñar esa misión, porque regresó a Europa para arreglar allí ciertos asuntos íntimos y la muerte le sorprendió en circunstancias lamentablemente dramáticas, ignoradas de todos entre nosotros, según presumo: no fué su muerte de Holanda y carmesí. Y si bien se trata de cosas quizás íntimas, arrimóme al parecer de que la vida de los próceres corre por cuenta de la posteridad y que esta tiene el derecho de inquirir y notar todo lo que a aquella se refiere: por eso considero que no hay porqué silenciar el tristísimo epílogo, sino por el contrario enterarse de la verdad del caso.

Tengo en mi archivo copia de dos cartas que arrojan gran luz sobre lo profundo y misterioso de dicho episodio. Me esmeraré por dejarlas hablar, omitiendo comentarios: les haría agravio el ruido de las palabras, y por ello me abstengo de dar más larga cuenta de esto. Esas cartas se refieren a cosas menudas, que se pintan mejor que se dicen. En una de ellas, dirigida a su amigo Gregorio Benitez, decíale desde Europa: "Si supiera Vd. cuanto me ha costado dejar mi dulce soledad de Saint André! El general Puch solía dar a entender que allí me detenían vínculos más o menos amables..." Y

en otra, dirigida a la misma persona por Mlle. A. Dauje, hija del dueño de la granja de Saint André—que era posiblemente la aludida por Puch—en julio 28 de 1884 se refiere como sigue la muerte de Alberdi:

“Como el doctor escribiera muy ilegiblemente, me puse en correspondencia con el señor P. Gill, a quién le pedía le hiciera acompañar con uno de sus sirvientes hasta aquí. Ultimamente, viendo que no venía el doctor, escribí anunciando mi ida en busca del ilustre enfermo, a fin de que éste se apartara para la partida, no siéndome posible demorar en París. El señor Gill me contestó que suspendiera mi viaje... Entre tanto, el doctor permanecía siempre solo en el hotel, sin poder ya salir: ahí le robaron los sirvientes, quedándole apenas algunas ropas que ponerse; sus relojes habían desaparecido. Yo ignoraba todo esto, pues no se contestaba a mis numerosas cartas. Al cabo de tanto escribir y repetir mis pedidos, se me respondió que nuestro pobre amigo se hallaba instalado en una casa de sanidad de primer orden, dirigida por el Dr. Karl. Esta noticia me causó el más profundo dolor. En seguida me dispuse a ir a París a ver al enfermo, pero estando en preparativos llegó un telegrama anunciándome que todo había acabado y que ya no tendría la satisfacción de verle en vida. Abandoné los cuidados del huérfano y del anciano, y me marché inmediatamente para París. Llegué a la casa de sanidad establecida en Neuilly, a las 5 de la mañana. Pregunté por la pieza mortuoria del llorado Dr. Alberdi. La conserje me contestó con vacilación. Me hizo esperar largo rato al lado de su aposento, cerca de una puerta baja. Cuando volvió, abrió esta misma puertita. Oh! jamás me habría imaginado encontrar al que en vida era tan grande y tan delicado, en tal situación. Penetré en una piccita, en donde apenas cabía la pobrísima cama (*grabat*) en que estaban tendidos los restos de nuestro querido amigo; sobre una silla había una lamparilla media apagada. Esos restos del más eminente argentino se encontraban abandonados, encerrados bajo llave, en una piccita de dicho establecimiento, envueltos en sábanas sucias! El color del rostro era terroso; sus hermosos cabellos úni-

camente se veían abundantes aún; todo era miseria y suciedad en la pieza. El dolor y la sofocación que experimenté fueron tales que me desmayé, sin que nadie estuviera presente para que me proporcionara un vaso de agua. Pasada la impresión, pregunté al sirviente quiérr había cuidado al doctor. Me contestó que hacía días que no comía y que durante la noche se arrojaba de la cama dando gritos, pues sus noches eran terribles, y que había perdido casi completamente el habla. En fin, nuestro pobre amigo ha sufrido mucho y se le ha atendido malísimamente... He ahí la casa de primer orden donde le habían instalado y los extremos a que fué reducido el hombre que en vida fué tan grande y tan bueno para todos! Regresé a París a casa del señor Gill. Este me confesó que había hecho mal en no mandarle al campo, a mi casa, donde el doctor deseaba ir, y donde siempre había sido atendido con esmero”.

Pido excusas por lo extenso de la transcripción, pero he creído no deber soltar de la mano esta ocasión de aclarar auténticamente un desconocido dato histórico, que redondea, sin disimular menguas, la singular tragedia de la vida de aquel hombre ilustre, que jamás pudo gozar de paz en su vida, esgrimiendo siempre el luciente acero del luchador, atacado constantemente y viniendo con coraje a batallar con más de uno, sufriendo toda clase de sinsabores y llevando en paciencia lo que no había pecado, hasta terminar abandonado de todos y como desahuciado de la misericordia, en la cruel desesperación del lúgubre desamparo final de una covacha mísera, en un triste hospital de último orden, faltándole los deudos y mirado por los indiferentes como un enfermo anónimo y extraño, quejándose a grito herido sin ser por nadie atendido y sucumbiendo solitario, sin una mano amiga para cerrarle los ojos! Se queda absor-to y helada la imaginación ante tamaña desventura.

Hace horror y encrispamiento de los cabellos tan terrible tragedia, a cuyo recuerdo queda herido el corazón con inmenso dolor; pero eso mismo torna doblemente simpática la figura atormentada del grande hombre, a quién la posteridad argentina ciertamente reconocerá agradecida el mérito descollante de haber sido el primer

constitucionalista nuestro, el más grande polemista nacional y el patriota más acendrado que dedicó sus mejores años a combatir por la integridad de la nación, confundiendo y aniquilando heregías políticas y falsas doctrinas, y deshaciendo las tinieblas con los rayos esclarecidos de la verdad. Tuvo, con todo, la dulce satisfacción de ver triunfantes sus ideales antes de morir, quedando señor del campo con la victoria referida: su último libro, sobre la consolidación de la capital, escrito y publicado aquí antes de ausentarse nuevamente para el extranjero, revela tal íntimo y profundo contentamiento; con todo, ese mismo volumen muestra que, en cuanto a su deficiente apreciación de los antecedentes coloniales de nuestro federalismo, nada había aprendido ni olvidado durante su largo ostracismo. Apesar de ello, su memoria vivirá siempre con la vida de la gracia en el recuerdo de sus conciudadanos, quienes celebrarán con gran veneración el esfuerzo gigantesco de sus escritos, como exponentes autorizados de un momento dado en nuestra evolución social, al poner, como en corto mapa, delante de los ojos los cargos de la obligación de sus coetaneos en breves razones.

Señores:

Para terminar esta ya larga conversación, que no puede aspirar a quedar cabal y perfecta porque ello equivaldría a encerrar el mar señalándole sus términos, daré cima a la peligrosa aventura pidiendo permiso para recordar lo que me dijera alguna vez, pocos meses antes de morir, el ilustre general Mitre, con quién me ligaba un afectuosísimo vínculo de cariño personal, que hacía dulce consonancia y armonía, en recuerdo de mi fraternal amistad con su malogrado hijo Adolfo. Hablábamos una tarde en su biblioteca de tiempos y actores pasados; en el correr de la plática se mencionó casualmente el nombre de Alberdi: referíle entonces por vez primera mis conversaciones con él en París, y el general, que había escuchado con visible interés tales manifestaciones, sin titubear, debo declararlo, me dijo:

—“El tiempo adormece las pasiones y aclara la visión de lo que fué. Mi larga lucha con Alberdi pertenece a la historia, porque no fué una rencilla personal, como la de su polémica con Sarmiento, sino una disidencia fundamental sobre la manera de realizar la organización nacional; no es cierto que fuera yo jamás localista, en el sentido de partidario de la segregación de la provincia y formación de una nueva nacionalidad: aspiré siempre a organizar el país, pero creí sinceramente que los hombres del Paraná no eran los llamados a realizar tal obra, por razones largas de volver a referir, y que entre los de Buenos Aires había elementos más adecuados para ello; temí quizás que la estrechez de miras de cierto espíritu provinciano y antiporteño heredara los resabios de los odios de los caudillos del año 20, que habían atado sus caballos en las rejas de la plaza Victoria, y que la unión, por eso, significara bajo su dirección el desmedro de la provincia y fuera germen de futura disolución. Mi oposición no fué dirigida tanto contra Urquiza personalmente, cuanto contra ciertos hombres que lo rodeaban. Se muy bien que Vd., como hijo de uno de los miembros del congreso del Paraná, no ha de juzgar como yo aquellos sucesos, pero todo ello pasó yá: fué exclusivamente una cuestión de hombres y no de integridad nacional, como lo pretendía Alberdi; y por eso, cuando se disolvió el gobierno de Pedernera en razón de haberse convencido Urquiza de lo funesto de la política derquista, pudo consolidarse nuevamente la unión, sin mayor tropiezo y con el aplauso de todos, con los hombres de Buenos Aires a la cabeza. Yo mismo he proclamado bien alto, respecto de aquellos sucesos, mi credo nacionalista y anti localista al discutir en el congreso del año 78, precisamente con su padre de Vd., el alcance de los pactos de noviembre, incorporados a la Constitución.... De manera que Alberdi colocó su campaña panfletaria en mal terreno: no se controvertían doctrinas, sino que se discutían hombres, pero unos y otros queríamos la integridad nacional. Más grave fué su error, combatiendo con otra campaña de panfletos la guerra del Paraguay desde el exterior: una vez que ésta fué declarada por el congreso, buena o mala, no cabía.

oponerse a la misma sin hacerse reo de delito de traición, sin que eso importe abdicar de la opinión personalísima de cada uno respecto de la bondad o equivocación de tal política internacional; por eso el gobierno reprimió en el país las manifestaciones públicas de los opositores, y la persistencia de Alberdi en el extranjero fué tanto más escandalosa cuanto que su anterior posición diplomática daba cierta autoridad a su palabra en aquellas naciones. Deploré que lo cegara su pasión antiporteña hasta hacerlo asumir actitud semejante. Pero hoy que todo ha pasado y ya Alberdi ha muerto, debo decirle a Vd. con franqueza que siempre le reconocí gran talento y sobresalientes condiciones, lamentando que estuviéramos en campos opuestos. Para mí el grande error de Alberdi fué su ausencia de la patria, pues la dejó cuando tenía apenas 20 y tantos años, no volviendo más a ella hasta que, ya setentón y achacoso, vino aquí algunos meses antes de morir y mostró que creía estar el país como lo dejó, sin percatarse de que todo había cambiado, hasta los apasionamientos de antaño: esa ausencia del terruño torció su criterio, le impidió conocer mejor a los hombres, colaborar con ellos en la tarea misma de la reconstrucción nacional, y fomentó en él un enmismamiento exagerado que todo deformaba a través de una lente, extrañamente reforzada, de su yo absorbente. Todo lo vió de ese errado punto de vista y esterilizó sus grandes condiciones, que lo habrían convertido en un estadista de primera fila si viene al país y se mezcla con todos nosotros. Su influencia en nuestra historia está, única y exclusivamente, en la singular oportunidad con que escribió y publicó sus *Bases*, las cuales tuvieron una repercusión indiscutible en aquel momento histórico, en medio de la indecisión general, a la que encauzó y fijó rumbos: pero ese libro, que entonces todos aplaudimos calurosamente al principio, no puede volverse a leer friamente porque es en gran parte una rapsodia indigesta, llena de errores, formada con retazos de diversa época o procedencia; por otra parte—como cuide demostrarlo en mis artículos de *La Nación*, a fines de 1880 y a mediados de 1881—aque! libro no tuvo real influencia en la formación de la Constitución del 53, pues los cons-

tituyentes se guiaron por las constituciones ya existentes, como la de Estados Unidos, y las viejas nuestras, como las de 1819 y 1826, de modo que es un absoluto error histórico pretender que el proyecto de Alberdi haya servido de modelo: quién realmente redactó la parte esencial de la Constitución fué Gorostiaga y este tenía muy mediocre opinión de Alberdi, como jurista, mientras que aquel disfrutaba real preparación doctrinaria, poseyendo y manejando—como muchos de su tiempo: del Carril y otros—las obras de los tratadistas norteamericanos. No importa: tuvo el autor de las *Bases* la feliz oportunidad de orientar la opinión, desorientada a raíz de Caseros, en el sentido de que debía dictarse una Constitución federounitaria, señalando rumbos ciertos, exponiendo verdaderas ideas-fuerzas, y mostrando que el problema nacional positivo estaba en la reconstrucción inmediata del país. Todos los hombres de aquella época cumplimos con nuestro deber, tal como lo entendimos de nuestros diversos puntos de vista: todos queríamos organizar la nación y constituirla debidamente; por eso la unión se hizo realmente en 1860, cuando se aceptaron las enmiendas que creíamos necesarias los que no habíamos participado en la asamblea constituyente de 1853, si bien se afirmó de hecho y definitivamente en 1862, bajo mi presidencia. Alberdi, en tal sentido, es uno de los próceres de nuestra historia, y creo que debe hacerse justicia a su memoria, depurada hoy de los errores cometidos en vida y reducida a sus justas proporciones, pero debe contársele tan solo entre los *dii minores* de nuestro pasado y no entre los *dii majores*".

Ese juicio ecuanime del histórico adversario me causó mucha impresión: discretamente hacía justicia al desaparecido y le tenía por digno de loa; quizá no puede ocultar del todo la admiración y estupor que ello me produjo, porque el general sonrió, agregando:

—“He llegado ya a una altura de la vida en la cual las pasiones están acalladas y la ecuanimidad es lo único que domina. Para eso es preciso vivir mucho, pero quién tal logra es siempre equitativo para juzgar a hombres y cosas, a quienes fueron correligiona-

rios o adversarios. Créame, mi amigo: Alberdi tiene derecho a ser considerado como prócer”.

No podría terminar mejor mi conferencia que recordando esas nobilísimas palabras, que representaban un verdadero juicio definitivo. Esta opinión de Mitre equivale al mejor comentario: en ella me apresuro a apoyarme, ya que los firmes robles suelen servir de metas terminales.

ERNESTO QUESADA
